



**D**ios nos invita a vivir el Reino, como el rey a la boda de su hijo. Él ha preparado un abundante banquete, una gran fiesta. No nos llama a trabajar, ni a colaborar, solo a participar, a disfrutar... y nosotros ¡a lo nuestro! Cuántas veces los cristianos, queriendo construir el Reino de Dios, nos agobiamos, nos enfadamos, incluso en ocasiones nos enfrentamos en luchas llenas de ira y desprecio.

Dios nos está llamando, y nosotros nos afanamos en ser los protagonistas y responsables de su verdad.

Y en el mejor de los casos, cuando la llamada sale a nuestro encuentro y nos sentimos invitados, no nos preparamos adecuadamente. Pensamos que el Reino debe adecuarse a nuestra manera, a nuestras formas:

Rebajamos a Dios a nuestra idea, imagen y semejanza.

Acoger la invitación de un Dios de Amor a su encuentro es prepararse para la fiesta, es abrirse a su gracia, es celebrar su regalo... siempre desde el Misterio, siempre desde Más; sin rebajas, desde el asombro... dejando a Dios ser Dios. Como Jesús.

Viviendo la grandeza de Dios por encima de la razón, desde el corazón que agradece el don del amor y se ofrece a vivir el banquete en la confianza incondicional al Padre. Corazón con corazón.

Pidamos al Espíritu, dador de gracia, la apertura y la fe necesarias para vivir con absoluta alegría la llamada de Dios a compartir con Él la fiesta de la vida.